



La biblioteca de mis errores

Ernesto Kroch

La biblioteca de mis errores¹

Por Ernesto Kroch

Si hubieran sido solo mis errores, no tendría sentido recordarlos. Compartirían la tumba conmigo y mis verdades. Sin embargo, los compartía con millones de personas; este hecho no reduce su importancia, y si se dividieran entre todos esos millones, tampoco disminuiría su peso.

No todo lo relacionado con los errores que se cometen por falta de comprensión, pero de buena fe, es necesariamente negativo. Hay muchos actos que no se explican exclusivamente por una razón, una idea o un objetivo. La verdad puede quedar muy cerca del error.

Nosotros los comunistas teníamos una imagen idealizada de los estados socialistas, porque buscábamos la justicia y la igualdad de oportunidades para nuestras sociedades, la alemana tanto como las latinoamericanas. En el camino a su realización nos conformamos con la falta de libertades; no quedaba otro camino. Fue un error fatal, y sin embargo, se trataba de un objetivo honorable. Lo mismo valía para nuestras actividades: el trabajo por los derechos laborales y sociales, por los derechos humanos en nuestros países, por los postergados y privados de sus derechos a causa de la economía y sociedad capitalistas.

Nos inspiraba un ejemplo -la prueba de que el objetivo podía ser alcanzado- que, más adelante, se reveló como cualquier cosa menos ejemplar. Sin embargo, fue un error fecundo que nos impulsó a trabajar por el bien, a menudo más que quienes reconocieron la verdad y, frustrados por la constatación de lo inalcanzable de los ideales, dejaron de comprometerse.

El espejismo, por más espejismo que sea, es capaz de fortalecer la voluntad de sobrevivir del sediento hasta llegar al oasis. O puede ser "una parte de esa fuerza que siempre quiere el mal y siempre hace el bien" de la que habla Mefistófeles. Pero no debe ser una justificación. Cuando se reconozca lo erróneo del espejismo, ya no se debe insistir; hay que corregir. Este es mi punto de partida.

¹ Texto aparecido con el título Bibliothek meiner Irrtümer en Revista ILA - beilage, Zum 100. Geburtstag von Ernesto Kroch. N°402, febrero 2017. Las notas a pie son de Gert Eisenbürger, editor ILA. Traducción del alemán: Dieter Schonebohm.

Tomo I

Perspectiva equivocada

No me enorgullezco de ella, pero no estoy seguro que no volvería a cometer el mismo error, si me encontrara en una situación similar.

Descuidé a mi mujer y mis hijos, porque me sentía en la obligación de trabajar por una "causa mayor": la emancipación social. La "causa" sigue siendo mía, y de una u otra forma seguiré comprometido con ella. Sin embargo, visto en retrospectiva mi sacrificio me parece fuera de proporciones, y aquel que impuse a mi familia, injusto y hasta cruel. Mi forma de actuar en aquel entonces fue fruto de un error.

No voy a renegar de lo siguiente: determinados momentos de la historia, hitos que marcan un antes y después, justifican los máximos esfuerzos y la entrega plena. Y para quienes decidan unir su vida a la idea de la revolución, pueden significar la entrega hasta la muerte. En los años 60 del siglo pasado pensamos que había llegado la hora. Fueron años de efervescencia en todo el mundo. Estados Unidos, la potencia de mayor poder económico y militar del mundo, sufría derrotas a manos de pequeños pueblos anteriormente colonizados como Vietnam y Corea, y sus legionarios quedaron cubiertos por la arena cubana. En Europa el año 1968 marcó el punto culminante de la rebelión en los países capitalistas y socialistas: el Mayo Francés, y la Primavera de Praga. Paralelamente en América Latina la confrontación entre las oligarquías apoyadas por Estados Unidos y las clases bajas escaló en luchas sindicales, estados de excepción y la militarización de la vida pública.

Quien compartía la posición de los suyos como trabajador, como estudiante o como ciudadano progresista, no podía quedar al margen. Y sin embargo, nos equivocamos y yo me equivoqué. No había llegado la hora de la emancipación y menos aún, de la revolución. Nos encontramos en una larga, desesperada batalla de retirada. A la sombra de la Guerra Fría la alternativa estaba mal formulada, y los frentes en los que nos veíamos luchar no eran reales. No se trataba de capitalismo o socialismo, porque el capitalismo, si bien atravesaba una grave crisis, todavía conservaba reservas y potenciales enormes, mientras la vitalidad y perspectiva de futuro del ejemplo del socialismo representado por la Unión Soviética existía tan solo en nuestra ficción, pero no en el mundo real.

Si en aquel momento hubiéramos sido más humildes, si en lugar de querer avanzar hacia la revolución hubiéramos trabajado por evitar el desmantelamiento de la democracia, para revitalizarla y profundizarla a través de elementos sociales y participativos, a lo mejor hubiéramos logrado evitar lo peor: los años de plomo de las dictaduras militares de América Latina. Un proyecto de esas características hubiera contado con el respaldo de un frente amplio, incluido una parte de las capas medias.

Pero no todo ha sido en vano. Aquellas derrotas sentaron las bases sobre las cuales se construyeron los avances hacia nuevas conquistas. Sin embargo, me pregunto lo siguiente: ¿De haber sabido que aún los tiempos no estaban maduros para el socialismo, nos hubiéramos comprometido con la misma entrega absoluta y la misma disposición al sacrificio?

Con esto no quiero menospreciar la lucha en defensa de la democracia. Porque todos los desafíos a los que la historia nos expone en el transcurso de la liberación humana tienen la misma importancia en el momento de su decisión. Por cierto, la apreciación errónea de aquella situación fue, con seguridad, también el resultado de una concepción de la libertad y la democracia esencialmente enfocada a lo social y lo económico. Formaba parte de esa mentalidad la connotación peyorativa de la "democracia burguesa". Aprendimos a apreciarla recién cuando la habíamos perdido.

Este error se complementó con otro. Siendo joven, antes de haberme casado, estaba en condiciones de asumir lo desmesurado de mi compromiso y de hacerme cargo yo solo de sus consecuencias, como lo había hecho en la Alemania nazi a la edad de diecisiete años, sin involucrar a nadie más. Sin embargo en Uruguay estaba casado y tenía dos hijos. Mi segundo error -cometido por irresponsable o egocéntrico- fue ignorar cómo esto impactaba en la vida de ellos tres.

El hecho de que Coca, mi mujer, compartía mis ideas, no cambiaba nada con respecto a este estado de cosas, y tampoco venía al caso que vertía mi modesto salario casi por completo al mantenimiento de mi familia, sin guardar casi nada para mí. Si hubiese luchado por mi salario con la misma fuerza con que lo hacía por los reclamos del sindicato y los objetivos del partido, Coca y los hijos hubieran tenido una vida más holgada. La realidad es que Coca se sentía sin apoyo y abandonada, cuando nos mudamos a las cercanías de la fábrica, muy lejos del centro de Montevideo. Sin duda, su posterior neurosis estaba relacionada con que no estaba feliz. Además, los hijos vivían en carne propia la falta de vida familiar: no estaba en casa sino para comer lo que ella había preparado, como máximo dos fines de semana por mes.

Comprendí mi error y mi culpa, ya en los años de la dictadura, recién cuando Coca padeció una muerte dolorosa a causa de un cáncer; cuando, después de meses de lucha sin tregua por su vida, de repente me encontré solo y abandonado. Cuando ya no había forma de pagar esa deuda con la persona, cuyo deseo de felicidad había sido engañado, y solo se podía remediar ese error -si tenía remedio- en otras relaciones.

Tomo II

Cuando falta la libertad

Mis errores no comenzaron en Uruguay. Por el contrario, de alguna manera fueron la continuación de aquellos en la Alemania de la República de Weimar. Y como hablamos de política, se sobreentiende que estuvieron relacionados con las masas, con el aspecto colectivo. Esto no significa que se exima a nadie de su cuota parte de la responsabilidad que le cabe: ¡nadie me obligaba a seguir a los demás! Ahí pesaba, sin duda, la confianza depositada en quienes estaban al frente, en quienes sin duda tenían una mejor visión de conjunto, ya que no se puede captar el panorama completo desde abajo. Pero esto no debe servir de excusa por los errores cometidos.

Veamos un ejemplo: en los años 1936 a 1938, cuando en Moscú se llevaban a cabo los juicios contra Zinoviev, Kamenev y, más adelante, Radek y otros, varios escritores progresistas justificaron las asombrosas acusaciones del fiscal. Décadas más tarde, se les reprochó que debían saberlo mejor; que no se le debía haber escapado a Heinrich Mann y Lion Feuchtwanger -ambos asistieron a los juicios de brujas de Moscú contra los líderes de la Revolución de Octubre- que se trataba de una puesta en escena cuidadosamente orquestada, porque autoinculpaciones tan históricas que culminarían en la muerte eran contra natura. Solo se explicaban a partir de condiciones inhumanas y fuera de lo normal, de otra forma hubieran sido inimaginables.

De forma similar, aunque esta vez en el Uruguay de los años 90, muchos de los nuestros acusaron a los líderes del Partido Comunista que se habían exilado en Moscú, Praga o Berlín Oriental durante la dictadura militar, de haber silenciado la verdad sobre los países del socialismo real y de habernos mentado a conciencia.

Sin embargo, se necesitan dos para que el ocultamiento y la mentira política funcionen. A ambas partes las une un prejuicio compartido que vale por igual para el supuesto blanqueador y el supuesto engañado: que la voz del capital era sinónimo, siempre, de mentira, y la de los países socialistas, de la verdad.

Nosotros mismos habíamos hecho esa experiencia con los medios oficiales, cientos de veces: pretendían presentarnos un país diferente al que conocíamos. Por lo tanto no cabían dudas con respecto a las conclusiones erróneas que sacábamos a partir de las mentiras de los medios sobre lo que teníamos a la vista y luego aplicábamos a la veracidad de sus informaciones sobre países lejanos. Fue el derrumbe del supuestamente "único socialismo posible, por haber sido realizado" lo que abrió nuestros ojos.

Entonces, cuando hablamos de Feuchtwanger u otras personalidades destacadas de la izquierda, que "deberían haber sabido más", en realidad estamos buscando un chivo expiatorio y nos presentamos en el papel de víctima. ¿Acaso había alguien que nos obligaba a creerles? Más allá de que ellos tenían un mayor conocimiento que nosotros y, por lo tanto, también una mayor responsabilidad, ¿no compartíamos todos un concepto similar y posiblemente idéntico sobre lo que tenía prioridad: la justicia social, y lo que no importaba tanto: las libertades?

Yo también me movía sobre terreno resbaladizo. Si bien no idolatraba a Stalin ni dejé de darme cuenta -con una sensación de malestar- de los disparates de unos gobernantes y burócratas mezquinos, no dejé de pensar que ahí estaban las semillas de la nueva sociedad, que estas en parte ya habían empezado a germinar, por lo que se necesitaba apenas algunas reformas democráticas para que estallaran en flor. Sigo pensando que algunas condiciones estaban dadas, y que quizás continúen existiendo en Cuba. Pero pienso también que una evolución socialista requiere algunos conceptos completamente diferentes y que los componentes sin duda positivos de los sistemas de salud y educación por si solos no hacen justicia a los derechos de niños y mujeres, ni al equilibrio social, que no ofrecen ninguna visión de futuro sin la participación y la co-decisión de la ciudadanía. A esto sirven las libertades tradicionales, tanto individuales como colectivas, mientras no se usen en detrimento de los demás, como en los casos de la libertad empresarial en la "economía libre de mercado" y el "libre comercio" en tiempos de una globalización plenamente desarrollada; "libertades" que han servido a algunos poderosos del mundo financiero para que sometieran al mundo, acumularan enormes riquezas para algunos pocos y sumieran a la mayor parte de la humanidad en la pobreza y la miseria.

Mientras la sociedad civil y los gobiernos se abstengan de regular esas "libertades", el abismo entre la riqueza y la pobreza se agranda. Y bajo el impulso de la caza de la mayor ganancia las guerras y las debacles ambientales alcanzan dimensiones apocalípticas.

Sin embargo, el hecho de tomar conciencia de las libertades del capital no nos debe llevar a no reconocer lo indispensable de las libertades de la persona. Justamente estas libertades estaban ausentes en los países socialistas, que fueron también mi punto de referencia. El hecho de que en los años 20 la Unión Soviética se convirtiera en mi punto de referencia, al igual que para millones de personas de todo el mundo, no debía sorprender en un país que había pasado por una guerra devastadora y la hiperinflación, y poco después se hundía en su crisis económica más grave. Por cierto, la revolución alemana de 1918 no podía servir de referencia positiva para mi generación, ya que una derrota difícilmente genera entusiasmo, y más aún si esa derrota marcaba el principio del fin de la república y allanaba el camino a la dictadura fascista, como se vería muy pronto.

En cambio, quienes buscamos una salida al fatídico círculo capitalista nos orientamos a la victoriosa revolución rusa. Nos marcó y nos inspiró a intentar una nueva revolución en Alemania. Esto estaba bien. Pero el hecho de que copiamos el camino soviético y su modelo, no lo estaba.

Desde mi conciencia compartía lo expuesto solo en parte, porque en aquel momento militaba en la Juventud Comunista de Oposición (Kommunistische Jugend, Opposition (KJO)), una escisión del Partido Comunista (KPD, por su sigla en alemán)². Nosotros favorecimos una estrategia diferente para Alemania, porque a nuestro juicio -a diferencia del KPD- no estábamos en los umbrales de una revolución socialista, sino, por el contrario, ante la amenaza de una contrarrevolución fascista. Por lo tanto contamos los socialdemócratas entre nuestros posibles aliados, no entre los adversarios o enemigos. Aún así, la Unión Soviética fue un faro de esperanza para nosotros, y también para mí. También pensamos que en la controversia entre Rosa Luxemburgo y Lenin, cuyo eje había sido justamente la cuestión de la democracia, la razón estaba con Lenin.

Efectivamente, en la Unión Soviética existía el socialismo -de la forma que fuera-, pero en Alemania, nada. Sin embargo, el sistema soviético terminó colapsando, Rosa tenía razón.

Sin ánimo de rendir culto al histórico lugar común "Bien está, lo que bien acaba" y su contraparte "Mal está, lo que mal acaba", decidí -tarde, pero al fin- revisar críticamente las decisiones de Lenin desde la Revolución de Febrero de 1917³ hasta su temprana muerte en 1924. Fue un genio de la historia mundial que supo orientarse a un objetivo ciertamente lejano e ideal, pero con una sólida base científica-social en el contexto de un entorno duro que se oponía. En este camino reaccionó con asombrosa velocidad a los cambios en el mundo y en su país, pero también a sus propios errores. Así lo percibí: como precursor de un mundo más justo en el camino hacia la revolución, en la guerra civil y durante la construcción de la nueva sociedad.

Los fines no justifican los medios, y los motivos echan sus luces y sombras sobre el objetivo trazado. Pero también es cierto que este objetivo no se alcanza sin la gesta valiente que remueve los obstáculos; de lo contrario, todo queda a nivel de un deseo bien intencionado, sin que nada cambie. "Nosotros que quisimos preparar el camino para la bondad, no pudimos ser bondadosos", escribía Brecht y pidió "indulgencia". Por esto hay que ponderar qué acción nos hará avanzar, sin convertirse en obstáculo al paso siguiente. Dicho de otra forma: ¿Qué acto, por más que signifique un retraso, dejará el camino despejado hacia los pasos que nos permiten avanzar? Un ejemplo sería la "Nueva Política Económica" (NEP, por su sigla en ruso) entre 1921 y el primer plan quinquenal de 1928⁴.

² La KJO fue la organización juvenil del Partido Comunista Alemán - Oposición (Kommunistische Partei Deutschlands - Opposition (KPO)), que defendía la formación de un frente unido de todos los partidos trabajadores contra la amenaza fascista.

³ A fines de febrero de 1917 se puso fin a la monarquía rusa y se formó un gobierno provisorio bajo la conducción de los mencheviques socialdemócratas que fue derrocado por los bolcheviques bajo la conducción de Lenin en la Revolución de Octubre.

A lo mejor no existan recetas universales con respecto a la relación más apropiada entre la respuesta inmediata a la realidad y el impacto de esa respuesta a largo plazo sobre el desarrollo social; lo cierto es que la libertad y la democracia cumplen un papel importante como puente entre el hoy y el mañana. Dado que se trata de un problema complejo quisiera ejemplificarlo.

A pesar de la violencia que suele formar parte de una revolución, hasta el atentado contra Lenin⁵ fue poca la sangre derramada durante la revolución rusa de 1917, y las libertades civiles sufrían pocas restricciones. Pero los disparos contra el líder de la revolución fueron más que un episodio. Detrás de ellos se escondía la contrarrevolución latente de las clases feudales y burguesas que habían sido expulsadas del poder. Sin embargo, fue desmesurado el "terror rojo" que se desencadenó seguidamente, no tanto por su intento de contener la amenaza potencial a través del terror, sino por su impacto sobre amplios grupos de la población y, más específicamente, sobre los intelectuales.

La revolución desalentó a grupos que fueron indispensables para la construcción material y cultural del país. En los hechos, la represión genera un efecto doble: si bien bloquea la oposición al régimen, también paraliza las fuerzas creativas para la construcción del sistema. El lema posterior, "el socialismo es el poder soviético más electricidad", es un fiel reflejo del menosprecio del ser humano en una ecuación, donde el progreso dependía exclusivamente del poder del Estado y la técnica. Así se abrió el camino hacia un modelo social cuya existencia se apoyaba en la represión, mientras el desarrollo humano y material que pretendía quedó inhibido.

Esta contradicción entre los objetivos humanistas de los comienzos y los medios represivos se profundizó con el tiempo. Lo que en los tiempos de Lenin habían sido medidas de emergencia bajo circunstancias extraordinarias, se convirtió bajo Stalin en una virtud universal en todos los niveles y en todo momento. En la concepción de Lenin el camino elegido abría las puertas hacia el objetivo del socialismo a largo plazo. Esta conciencia debía permanecer viva en el partido durante los años difíciles de la construcción para luego pasar a las generaciones siguientes. Stalin en cambio, al promulgar la "constitución socialista" definitiva (en 1936), mientras hizo fusilar a la vieja guardia de la revolución, congeló cualquier evolución posterior y liquidó la conciencia revolucionaria por completo. Desde entonces no quedaba más que la rutina diaria; el objetivo dejaba de ser una tarea pendiente, porque ya se había decretado su cumplimiento. El socialismo quedaba reducido a cantidades que se medían en las estadísticas de la producción de bienes. Por esta vía la Unión Soviética alcanzó altos niveles de desarrollo industrial y tecnológico que se plasmaban en

⁴ Posteriormente al comunismo de guerra de los años 1917 a 1921, la NEP ofrecía más espacio a las iniciativas económicas del sector privado para mejorar el abastecimiento, hasta que se implementó la nacionalización de todas las áreas de la economía a partir de 1928.

⁵ En agosto 1918 dos balas hirieron a Lenin gravemente. La anarquista y revolucionaria social Fanny Kaplán fue acusada de haber cometido el atentado y fusilada sin proceso judicial.

enormes avances durante la primera mitad del siglo XX, aunque luego dieron paso al estancamiento en la segunda mitad del siglo, en la era de la tercera revolución industrial.

Sin embargo, debemos preguntarnos, cómo fue posible que nosotros -en el mundo occidental- consideramos ejemplar ese modelo de desarrollo, que tomamos ese socialismo de Estado como universal y como camino hacia la emancipación de la humanidad, como si fuera la única alternativa imaginable a la sociedad explotadora y represora capitalista.

Es cierto, no había alternativa real existente. Los estados fueron "socialistas" o "capitalistas". ¿Se nos escaparon los déficits sociales y humanos? Se podía pensar en otros modelos sociales, a pesar de su "inexistencia". ¿Pensamos que su realización sería imposible?

En realidad, fue así. Porque el capitalismo no solo detentaba el poder económico, sino que dominaba también la opinión pública. Más allá de la influencia política que sus medios ejercían sobre la mayoría de la población, ayudó a internalizar al régimen social como el único posible y natural. Fijó además la educación predominante en las familias y las escuelas de cada persona: que el mundo, tal como estaba, no debía ser transformado. Para romper ese muro de la normalidad predominante, se necesitaba una potencia del mismo peso. Esa potencia debía ser tan radical como el poder del sistema existente que permeaba todos los niveles de la vida. La historia de las revoluciones parecía darle la razón a este razonamiento. Jamás una clase dominante se había retirada, sin haber empleado con toda brutalidad la totalidad de los medios a su alcance. Desde siempre, la historia de los pueblos había sido una historia de luchas más o menos brutales. Y donde hay violencia, no cabe la libertad. Sin embargo, ante lo inevitable de la revolución, cabe preguntarse lo siguiente: ¿Se puede poner un punto final a una época revolucionaria? ¿Y, a partir de qué momento las personas internalizan las nuevas relaciones al mismo punto, en que lo habían hecho con las anteriores? Así la violencia podría amainar, y el potencial creativo del nuevo sistema tendría la libertad para desplegarse plenamente.

A la revolución norteamericana le alcanzaron pocas décadas para consolidarse como la nueva normalidad, la Revolución Francesa necesitaba algo más de tiempo. Sin embargo, la rusa parece haber necesitado cada vez más represión. ¿Habría sido así por la radicalidad más profunda de los cambios y el contraste mayor con el resto del mundo? Nosotros lo interpretamos en este sentido, y esta justificación desacreditaría esta revolución y todas las que vendrían. Si nuestra interpretación se ajustaba a la realidad, por mucho tiempo no habría lugar para la libertad.

Lo aceptamos, y lo llamamos "dialéctica". No había otra manera de transformar los sistemas milenarios de clase con sus guerras y conflictos inevitables en una sociedad sin amos ni siervos.

Sin embargo, no tuvimos en cuenta que no solo era necesario que el antiguo régimen se tornara insoportable para la mayoría de la población -sin este elemento ninguna revolución sería posible -; para construir y respetar el nuevo régimen también se necesita una mayoría. No es lo mismo: el

"hombre nuevo" no nace con la **revolución**; con suerte **podrá** evolucionar a partir de ella. Pero la **coacción**, del tipo que sea, no crea seres humanos mejores, sino seres sumisos.

Ese dilema entre el objetivo de la justicia social y la **represión** del "Ancien Régime" condujo al surgimiento de un aparato estatal **jerárquico**, que se **establecía** al poco tiempo como nuevo gobernante y clase privilegiada. Que no lo **viéramos**, se **debía** a nuestro -mi- error de no reconocer a la democracia como **condición** indispensable del progreso social. Por lo tanto, entendimos -entendí yo- la burocracia del socialismo real como un aspecto negativo de un buen sistema que **podía** ser corregido, y no como una **expresión** de un sistema de poder anquilosado. Es decir, nada que los socialistas quisieran alcanzar como socialismo, ni nada que alguna vez **podría** conducir al socialismo, porque la libertad y la democracia formaban parte de éste, al igual que la justicia social.

Tomo III

Como la luz del sol en el prisma... lleno de colores

Me resultó más fácil corregir otros errores, no se necesitaba el derrumbe de una potencia mundial para hacerlo.

Desde mi infancia he sido un aficionado a los libros. A esto se **agregó** más adelante que el ruido de la **fábrica** me **causó** problemas auditivos, por lo que **recurría** cada vez más a la palabra escrita que a la hablada para informarme sobre el mundo. Probablemente sea por esta razón que tomaba buena parte de lo leído literalmente. Fue así en lo relacionado con la sexualidad -como joven **había** leído las obras de Van der Velde, pero también de Wilhelm Reich⁶- lo que no funcionaba del todo, cuando lo **tomé** demasiado literal, pero también con lo que **había** leído en Marx, negro sobre blanco, como suele presentarse todo lo impreso, cuando la realidad **está** llena de muchas tonalidades de gris y **también** de mucho color.

Por lo tanto, antes de llegar al Uruguay, donde no me quedaba otra **opción** que valerme por mi mismo, tenía una **visión** muy **esquemática** de las cosas y confiaba mucho en la **lógica** que se presenta muy lineal e inequívoca en la **teoría** y, en general, en todo lo escrito. Pero la vida fue más compleja. **Comprendí** rápidamente que siempre se juntan varios factores y que se debe tener en cuenta las situaciones concretas, incluso cuando

⁶ La "Trilogía sobre la felicidad matrimonial" del reformador sexual holandés Theodor Hendrik van der Velde y "La revolución sexual" del psicoanalista austríaco Wilhelm Reich fueron trabajos revolucionarios de la pedagogía sexual de los años veinte, al igual que los trabajos de Max Hodann y Magnus Hirschfeld.

se avanza hacia un objetivo. Desde entonces también me he acostumbrado a presentar las conclusiones a las que llegué, de la forma más natural posible y a complementarlas incluso con ejemplos tomados de la realidad.

Otro aspecto que corregí más adelante fue mi fascinación por el determinismo. Todo debía ser determinado, y al principio en la forma más primitiva. Me impresionaba sobre todo un cuento de Mark Twain, "El forastero misterioso", que trata de un juicio de brujas en la profunda Edad Media. Lo que me fascinaba más que los hechos en sí, fue la inexorable coherencia lógica de la sucesión de los acontecimientos, la cadena de causas y efectos que no podía desembocar en un final distinto al descrito. Un solo aspecto de la larga secuencia habría cambiado el resultado. De la misma manera entendí la realización de una sociedad socialista como el fin último de un proceso histórico predeterminado de antemano.

Las derrotas, tanto personales como políticas, me dejaron pensando, pero como la fe en el progreso se había convertido en un credo -que probablemente estaba acorde con mi carácter- seguía sin dudar de la causalidad de todos los hechos. Por lo tanto, la imposibilidad de explicar algunas cosas solo podía resultar de las limitaciones del conocimiento humano y del hecho que la ciencia solo podía llegar a resultados aproximados, los cuales a su vez presuponían una causalidad objetiva e independiente de los sentidos humanos.

Empecé a cambiar mi modo de pensar recién después de leer la "Dialéctica sin dogma", de Robert Havemann, y cuando conocí el principio de indeterminismo, de Heisenberg; la indeterminación de la simultaneidad, de Einstein; y la noción hegeliana de la coincidencia como categoría objetiva. Efectivamente, si en la naturaleza inanimada o en su análisis científico por la física y la química no todo era posible, pero cada causa podía conllevar dos o tres consecuencias, y si en situaciones límites prevalecía la probabilidad por sobre la determinación, cuanto más debía aplicar todo esto a la naturaleza animada y, más aún, a la sociedad humana. De ahí concluye Havemann: "No existe el futuro, nosotros lo construimos".

Y Rosa Luxemburgo planteó la alternativa: "socialismo o barbarie". Ya conocemos la barbarie. Hoy en día muchos se esfuerzan por lograr una convivencia más humana, pero los poderosos -y no solamente ellos- se oponen. Lo que hoy está en juego ante las amenazas bélicas y ambientales, es la supervivencia. En esta contienda aún no se ha dicho la última palabra, el resultado dependerá de nosotros.